

discípulo de Cristo, hospedándose en el hospital, y viviendo de limosna. No pudo conseguir de él su hermano don García, que pasase por algunos días á Loyola. Con la vista de aquellos lugares en que había tenido una vida mundana, se le excitó el pensamiento de renovar sus antiguas penitencias. Volvió á tomar un áspero cilicio, ciñóse una gruesa cadena de hierro, y trató su cuerpo con tanto mayor rigor, cuanto eran mayores las fuerzas con que se sentia recobrada ya su salud.

Mientras Ignacio estaba edificando á sus paisanos con su santa vida, y reformaba las costumbres en todos los estados, aumentaba el cielo con nuevos sujetos su recién nacida compañía. Claudio Jayo, saboyano, Juan Codur, del Delfinado, y Pascual Brouet, de Picardía, hicieron en el monte de los mártires el mismo voto que los otros siete. Con esta gustosa noticia aceleró su partida; encaminóse á Venecia, venciendo felizmente mil peligros, y luego que llegó á aquella ciudad, se conoció que había entrado en ella un nuevo apóstol. Como á todas partes le seguia la reformation de las costumbres, en todas le suscitaba el infierno nuevas tempestades. Acusáronle de que era un hereje disfrazado; pero esta tormenta se disipó presto sin otra diligencia que presentar su libro de ejercicios.

Habiendo llegado á Venecia sus nueve compañeros, se tomaron las medidas para el viaje de la Tierra Santa. Ante todas cosas quiso san Ignacio que fuesen á pedir la bendición de su Santidad, y á declararle sus intentos. Paulo III, que ya estaba informado así de su modo de vivir como de su capacidad, los recibió con amor paternal; y sabiendo que los mas no eran sacerdotes, les dió licencia para que los pudiese ordenar cualquiera obispo que ellos escogiesen, y tambien para el viaje de la Tierra Santa, aunque les

insinuó la dificultad de poder hacerle. Vueltos á Venecia, todos hicieron voto de pobreza y de perpetua castidad en manos del nuncio monseñor Veralli. Ordenado san Ignacio de sacerdote con sus compañeros, se dispusieron todos con sus ejercicios de cuarenta días para celebrar la primera misa.

Es fácil discurrir cuál seria la devocion de nuestro santo durante el divino sacrificio; arrojaba fuego su semblante, saliéndole al rostro el incendio que abrasaba su corazon; las dulces lágrimas que derramaba las hacian derramar á todos los asistentes; todos creian ver en el altar un serafin viendo al nuevo sacerdote.

Impedido el viaje de la Tierra Santa por la guerra que los venecianos acababan de declarar al Turco, para cumplir la segunda parte del voto, partieron todos á Roma para ofrecerse á la disposicion del sumo pontifice; determinaron que se adelantase san Ignacio, acompañado de Fabro y de Laynez; pero antes de separarse quedaron de acuerdo en observar cierto uniforme género de vida. Las reglas que se obligaron á seguir fueron las siguientes:

Primera: Que siempre se hospedarian en los hospitales, y solo vivirían de limosna. Segunda: Que enseñarian la doctrina á los niños, y no recibirían dinero por las funciones de su ministerio. Tercera: Y por cuanto muchas veces les preguntaban quiénes eran, dijoles san Ignacio que, habiéndose juntado para declarar la guerra á los herejes y á la disolucion de las costumbres bajo la bandera de Jesucristo, no convenia á su compañía otro nombre que *el de la Compañía de Jesus*. Desde que nuestro santo se retiró á la cueva de Manresa, tuvo siempre este nombre en su corazon, y se confirmó mucho mas en retenerle con la vision que tuvo en el camino de Sena á Roma, porque, retirándose á hacer oracion en un edificio

antiguo y arruinado, se le apareció Jesucristo con una cruz á cuestas, y le dijo: *Yo os seré propicio en Roma.* Llegó á aquella ciudad con Fabro y Laynez hácia el fin del año de 1537. Aceptó con gusto el papa Paulo III su voluntaria oferta; quiso que Laynez y Fabro enseñasen en el colegio de la Sapiencia, el primero teología escolástica y el segundo la sagrada Escritura, mientras Ignacio, bajo su pontificia autoridad, trabajaba en la reformation de las costumbres por medio de los ejercicios. No dudando ya el santo ser la voluntad de Dios que su compañía se erigiese en religion, llamó á Roma á todos sus compañeros; dispuso el plan del instituto, en el cual á los tres votos comunes á todos los religiosos, añadió el cuarto, de ir á cualquiera parte adonde los enviase el sumo pontífice para trabajar en la salvacion de las almas, sin otro viático que la caridad de los fieles. Reconoció Paulo III visiblemente el dedo de Dios en el nuevo instituto; alabóle, aprobóle y confirmóle bajo el nombre de *Compañía de Jesus* por su bula *Regimine militantis Ecclesie*, dada á 27 de setiembre de 1540.

Apenas habia nacido esta Compañía cuando pretendió ahogarla cierto hereje en hábito religioso, acusando á Ignacio ante el gobernador de Roma de hereje y de hechicero, y que como tal habia sido quemado en estatua en Alcalá, Paris y Venecia. No asustó á nuestro santo esta calumnia, y mas habiendo ya pronosticado que la Compañía tendria la dicha de ser perseguida mientras hubiese en el mundo enemigos de Jesucristo. Fué castigado el calumniador, quedando Ignacio plenamente justificado y mas admirada que nunca su virtud. Mas tuvo que padecer su humildad en la violencia que le hicieron, cuando, á pesar de sus razones, de sus ruegos y de sus lágrimas, por unánime consentimiento de todos fué elegido general de la Compañía, cuyo fundador y padre era.

Despues de tan digna eleccion, todos los padres juntos visitaron las siete iglesias de Roma: se pararon en la de San Pablo, donde el nuevo general celebró el santo sacrificio de la misa, dió la comunión á todos sus hijos, y recibió su profesion despues de haber hecho el santo la suya en manos del papa.

Conocióse luego que era obra del Señor la nueva Compañía de Jesus, no solo por los grandes servicios que aquellos nuevos apóstoles hicieron á toda la Italia en muchas calamidades públicas, y por la reformation general de las costumbres, sino tambien por los maravillosos efectos de su zelo, que en menos de dos años se hizo admirar en todas las partes del mundo. Apenas fué aprobada y confirmada por la silla apostólica la Compañía de Jesus, cuando Ignacio tuvo el consuelo de que casi todas las ciudades de Italia, de España, de Portugal, de Sicilia, de Alemania y de los Países-Bajos le pidieron obreros formados de su mano, sabiendo al mismo tiempo que el zelo apostólico de sus hijos triunfaba en todas partes de los enemigos de la salvacion y de la Iglesia. Pareciendo estrecho campo la Europa á aquellos héroes cristianos, en breve tiempo la Asia, la Africa y la América fueron glorioso teatro de sus trabajos y de sus victorias.

Javier, apóstol del nuevo mundo, cada dia conquistaba nuevos reinos á Jesucristo. Simon Rodriguez habia introducido ya la devocion y el fervor en la corte de Portugal, y el rey habia fundado el primer colegio de la Compañía en la universidad de Coimbra para seminario de apóstoles del nuevo mundo. Alfonso Salmeron y Pascual Brouet estaban en Irlanda como nuncios del papa para mantener la fe católica entre aquellos pueblos á quienes el rey Enrique VIII procuraba pervertir con todo género de artificios. Claudio Jayo hacia que la Iglesia romana triunfase

en Alemania á pesar de todos los esfuerzos y de todas las maniobras de los luteranos. Laynez y Salmeron (llamados de Irlanda) fueron enviados al concilio de Trento como teólogos del pontífice; Jayo acudió también á él desde Alemania por teólogo del obispo de Ausbourg; Fabro fué igualmente enviado al mismo concilio como uno de los hombres mas sabios de su siglo. Cismáticos, herejes y gentiles, todos se rendian á aquellos nuevos soldados de Jesucristo, animados del espíritu y del zelo de su padre Ignacio; y como si no hubiese sido bastante que sus hijos trabajasen con tanto fruto en la Europa y en el Asia, á instancias del rey de Portugal envió á los reinos de Fez y de Marruecos á los padres Nuñez y Gonzalez. En fin, bajo los auspicios del mismo monarca, llevaron los jesuitas la fe hasta la Etiopia Occidental en el reino de Congo y hasta la misma América Meridional.

Pero al mismo tiempo que Ignacio aprontaba tan excelentes obreros al padre de familias, nada negaba él mismo al ardor abrasado de su zelo. Fundó en Roma una casa para los judios convertidos; y halló medio para fundar otra de refugio donde se recogiesen las mujeres de mala vida. Pero la caridad que ejercitaba con los extraños no le hizo olvidar de la que debía á sus propios hijos y á la Compañía. Compuso las constituciones y las reglas de su religion, en las cuales tantos sumos pontífices reconocieron visiblemente el espíritu de Dios y una consumada prudencia. Prohibió á Claudio Jayo, cuando estaba en Trento, que aceptase el obispado de Trieste, que el papa y Fernando, rey de los romanos, le querian dar, obligando despues á sus hijos á que hiciesen voto de renunciar las dignidades eclesiásticas.

Endulzaba el cielo los excesivos trabajos de nuestro santo, dándole el consuelo de ver que todas las naciones y los soberanos solicitaban ansiosos tener

hijos suyos en todas partes; y supo que el rey de Portugal habia fundado en Goa un colegio un año antes que hubiese colegio alguno en Europa; pero fué mayor su gozo cuando tuvo noticia de los felices sucesos con que la Compañía hacia la guerra á todos los herejes en Alemania, en Francia y en los Países-Bajos, y sobre todo cuando vió al duque de Gandía, don Francisco de Borja, renunciar todos sus estados, y venir á echarse á sus piés para ser recibido en la Compañía.

En medio de tantos motivos de gozo y de consuelo, no se le templó el ansia que tenia de renunciar el generalato para entregarse á una vida oscura y particular; pero todas las tentativas que hizo, y todos los medios de que se valió, solo sirvieron para dar mayor realce á su eminente virtud, y para obligar á que los sumos pontífices Paulo III, Marcelo II y Paulo IV le mandasen que no volviese á hablar en la materia.

Serian menester muchos crecidos volúmenes para referir todas las maravillas de este hombre extraordinario. Hacia mucho tiempo que su salud, consumida con tantos trabajos y con sus continuas penitencias, se iba debilitando mas de día en día, cuando reconoció que se acercaba su última hora. No se advirtieron otras señales de su enfermedad, que la extraordinaria alegría y devocion que se le notó. Ni las ocupaciones exteriores, ni los negocios de mayor disipacion fueron nunca capaces de distraerle un momento de su íntima union con Dios. No hubo hombre mas interior, mas lleno de Dios, ni mas muerto á las criaturas y á sí mismo. Dotado de un sublime don de contemplacion, todas sus oraciones eran éxtasis; y se puede decir que toda su vida fué una continua oracion. El volver los ojos al cielo, el ponerlos en una flor, en una estrella, era bastante para arrebatarle en éxtasis y en raptos, durante los cuales, inmóvil é insensible,

le le oia exclamar trasportado de amor : ¡ *Qué asquerosa me parece la tierra cuando miro al cielo!* Levantaba hácia él frecuentemente los ojos; y tanto, que los que no sabian cómo se llamaba, no daban otras señas para distinguirlo sino decir : *Aquel hombre que siempre está mirando al cielo, y siempre habla de Dios.* Cuando rezaba el oficio divino, eran tantas las lágrimas que derramaba, que se veia precisado á hacer pausas en cada versículo, y en el altar todo era suspiros y llanto á cada palabra. Su divisa era : *AD MAJOREM DEI GLORIAM; á mayor gloria de Dios:* pero no se contentaba con glorificar á Dios como quiera, aspiraba á hacerlo del modo mas excelente y mas perfecto. Su ternura y su devocion á la santísima Virgen correspondian á su grande amor del Señor; despues de Dios en ella ponía toda su confianza, y quiso que esta tierna devocion caracterizase en parte su Compañía.

No era posible mayor mortificacion ni mas profunda humildad. Arrebatado un dia en espíritu, elevado de la tierra y rodeado de un celestial resplandor, se le oyó exclamar : ¡ *O Dios infinitamente bueno, pues sufris un miserable pecador como yo!* Esta profunda y no menos ingeniosa humildad negó á nuestra noticia gran número de prodigios y de acciones heroicas, que, por confesion de los sumos pontífices y de todos los grandes hombres que le conocieron, constituyeron á Ignacio uno de los mayores santos de la Iglesia.

Como su enfermedad no era mas que una suma debilidad sin mucha calentura, así los médicos como sus hijos se engañaron; solo el santo no se engañó; pidió que le administrasen los santos sacramentos, los que recibió con extraordinario fervor. *Mi hora ya llegó,* dijo al padre Polanco, *id, y pedid al papa la bendicion para mi, y una indulgencia por mis pecados.* Pues qué, replicó Polanco, *¿es posible que os hemos*

de perder tan presto? Vuestra enfermedad ninguno cree que es de peligro; ¿no podré dilatar esa diligencia para mañana? Haced lo que os pareciere, respondió el santo, temiendo que, si insistia en la órden, se atribuyese á revelacion. Pasó toda la noche solo, ocupado en Dios y en un continuo éxtasis. Los que entraron á verle por la mañana le hallaron ya agonizando. Acudieron todos los padres, deshaciéndose en lágrimas, y pidiéndole su bendiccion. Polanco fué con diligencia al palacio pontificio, y el papa le concedió con gran dolor y con no menor benignidad todo lo que le pedia; entre tanto, levantando Ignacio los ojos al cielo, y volviéndolos despues hácia sus hijos, los exhortó con voz desmayada y moribunda al constante amor de Dios, y á buscar en todo únicamente su mayor gloria; juntando despues las manos, volviendo á levantar los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesus y de Maria, espiró dulcemente una hora despues de salido el sol, en el dia último de julio del año 1556, á los sesenta y cinco de su edad, treinta y cinco despues de su conversion, y diez y seis de fundada la Compañía. Antes de su muerte tuvo el consuelo de verla extendida por todo el universo, y dividida en doce provincias, en las cuales se contaban por lo menos cien colegios. Tambien la vió coronada del martirio en la persona del padre Antonio Criminal y de los hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, que perdieron todos tres la vida por la fe á manos de los bárbaros.

La preciosa muerte del siervo de Dios hizo en los ánimos aquella impresion que hace siempre en los corazones la muerte de los santos. En toda la ciudad de Roma solo se oian estas palabras : *Murió el santo.* Enjugó presto las lágrimas de sus hijos la confianza de que tenian en el cielo un poderoso protector. Hallábase en Roma san Felipe Neri cuando murió

Ignacio, y habló de él despues de muerto como siempre habia hablado durante su vida. Decia que era un hombre todo lleno del espiritu de Dios; que muchas veces le habia visto con el rostro cubierto de resplandor; que de él habia aprendido á tener oracion, y que le debia mucho toda la cristiandad. Mientras se le hacia el oficio de difuntos, una señora, cuya hija habia cinco años que adolecia de lamparones, creyó que la enferma sanaria si pudiese tocar el cadáver del santo; pero como no fuese posible romper por el concurso, suplicó á un padre que aplicase á la parte lesa de su hija alguna cosa que hubiese usado el siervo de Dios. Hizolo el padre Vischaven, y en el mismo punto desaparecieron los lamparones sin dejar señal alguna. Asegúrase que en vida resucitó un muerto, y que hizo otros muchos milagros. Los que cada dia obraba Dios por su intercesion en todo el mundo y en su sepulcro, movieron al papa Paulo V, precediendo el proceso y demás jurídicas informaciones, á beatificarle el dia 3 de diciembre del año de 1609; y el papa Gregorio XV, á instancia del emperador, de los reyes de España, Francia, Polonia, Portugal y de casi todos los principes católicos de Europa, le canonizó solemnemente, juntamente con san Francisco Javier, san Felipe Neri, san Isidro Labrador y santa Teresa, el dia 12 de marzo del año 1622. Trasladóse su cuerpo, y se colocó en el lado derecho del altar mayor el dia 19 de noviembre del año 1597, en la célebre iglesia de Jesus, que habia edificado el cardenal Alejandro Farnesio. La capilla que el padre Tirso Gonzalez, decimotercio general de la Compañía de Jesús, dedicó al santo fundador, está reputada por la mas rica y mas magnífica que hay en el mundo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Ignacio, confesor, fundador de la Compañía de Jesus, ilustre por su santidad y milagros, y de admirable zelo por propagar en todas partes la fe católica.

En Cesarea, el martirio de san Fabio, quien, negándose á llevar las insignias de la guarnicion, fué desde luego eucarcelado algunos dias; luego, habiendo sufrido primero y segundo interrogatorio, y manteniéndose constante en la fe de Jesucristo, fué condenado por el juez á la pena de muerte.

En Milan, san Calimer, obispo y mártir, que, prendido en la persecucion de Antonino, fué cubierto de heridas, traspasado en la garganta de una cuchillada, y precipitado en un pozo, donde consumó su martirio.

En Synnade en la Frigia Pacociana, san Democrito, san Segundo y san Dionisio, mártires.

En Siria, trescientos cincuenta monjes, mártires, que fueron sacrificados por los herejes en defensa del concilio de Calcedonia.

En Ravena, la muerte de san German, obispo de Auxerre, ilustre por su nacimiento, fe, doctrina y brillantes milagros, con cuyas prendas purgó enteramente la Inglaterra de los errores de los pelagianos.

En Tagaste en Africa, san Firmo, obispo, célebre por el honor de haber confesado la fe.

En Sena en Toscana, la fiesta de san Juan Colombini, fundador del orden de los Jesuatas, ilustre en santidad y milagros.

En el Franco Condado, san Itiero, confesor.

En Tréveris, san Banton, confesor.

Este mismo dia, el natalicio de José de Arimatea.

En Puzol cerca de Nápoles, san Onésimo, confesor.